

LA RELIGIÓN Y LA CULTURA

La concepción mítico-religiosa, primera forma de la conciencia humana

Carta a Esteban Mate (1991)¹

«En palabras más simples: el propósito de todo impulso transformador era, como ya se ha señalado, convertir una Tierra hostil en el hogar seguro y confortable de los hombres. Los hombres podían -y *pudieron*- conseguir esto al disponer de tranquilidad, paz y sosiego para trabajar y ganar experiencia con la que edificar el más firme fundamento del destino del hombre, de su bienestar, de su seguridad y de su libertad: el conocimiento científico de la totalidad.

El mito y la religión son como los andamios de ese grandioso monumento. Pero ¿qué hacer de los andamios cuando el monumento ha llegado a su culminación? Los andamios tendrán que desvanecerse. El mito y la religión han sido construcciones, absolutamente necesarias, pero el trabajo del hombre, apoyado en ellas -un trabajo firme y constante- ha permitido crear un medio humano que nadie se ha atrevido ni siquiera a soñar.»

Eloy Terrón Abad

Madrid, de septiembre de 1991

Sr. D. Esteban Mate
Barcelona

Querido amigo:

Cuando hablé contigo por teléfono, te prometí escribirte inmediatamente desde Valencia, donde iba a pasar el mes de agosto. Confiaba en disponer de una máquina, cosa que no he conseguido; éste es el motivo del retraso de mi carta. Voy a correr el riesgo de hacerme pesado, pero intentaré hacer un resumen de la teoría que he elaborado sobre el complejo y complicado tema de *La Religión y la Cultura*, o *La concepción mítico-religiosa, primera forma de la conciencia humana*. No sé si tendré éxito.

Los comienzos hay que situarlos en la sabana africana, a la que había sido desplazado un primate, el primate prehumano. Fuera de su medio previo, ese primate se enfrentó a una gravísima crisis, pero consiguió superarla porque emprendió una vía evolutiva inédita. A saber: en vez de evolucionar sobre los órganos de su propio cuerpo -lo que habría exigido mucho tiempo-, trató de adaptarse al nuevo ambiente natural tomando cosas del mismo -palos, piedras, etc.- y utilizándolas en función de instrumentos.

Parece que el primate prehumano recorrió con rapidez tres etapas: primero, con el empleo esporádico de cosas como instrumentos; luego, e induciéndolo a partir de lo anterior, llevando de modo permanente un instrumento -un palo- en la mano, con la consiguiente adaptación progresiva de

¹ Mecanoescrito; revisión, transcripción y notas de Rafael Jerez Mir. {Esteban Mate forma parte de la dirección de la Editorial Anthropos, de Barcelona}.

la mano al palo -lo que constituyó ya en sí un avance prodigioso- y la adopción de la posición erecta, dejándole ésta las manos libres o a punto de dejárselas; y, por último, la adecuación del palo -o de la piedra- al propósito que le interesaba, valiéndose de la experiencia ganada con su uso y de la eficacia del mismo (el palo -o la piedra- generaba una experiencia que se incorporaba al mismo).

No cabe duda de que el uso de instrumentos, externos al propio cuerpo, tuvo un éxito extraordinario, pues así lo demuestran su generalización y sus repercusiones, o consecuencias, sobre el propio primate prehumano. Entre esas consecuencias cabe destacar las siguientes: la posición erecta y el andar bípedo; el rápido crecimiento de la corteza en función de la actividad manual y de la presión a que estaban sometidos los individuos; el estrechamiento de la pelvis, impuesto por la postura erecta; el nacimiento prematuro de las crías, provocado por el estrechamiento de la pelvis y por el crecimiento del cerebro; la necesidad de llevar a las crías en brazos de los adultos ¡constantemente! al menos durante dos años, en razón de su nacimiento prematuro; y la compenetración de las crías con las nuevas y las viejas generaciones, al tener que adaptarse al grupo cultural, dada su dependencia, larga y absoluta, de los adultos.

Por otra parte, la inermidad de las criaturas coincidió con el cambio que se fue produciendo en el primate prehumano con el uso de instrumentos en cuanto ese uso generaba un nuevo tipo de experiencia animal, hasta llevar al bloqueo de los instintos y a la aparición de un nuevo tipo de comportamiento. Buena prueba de ello es el dominio y la producción del fuego, del que todos los animales, menos los homínidos, antepasados del hombre, huyen por instinto.

El dominio del fuego fue, además, una conquista de enorme alcance, revolucionaria. El fuego fue el núcleo determinante del medio humano, cuya creación constituía el programa inconsciente de la especie: hacer de la tierra hostil el hogar, confortable y seguro, de la especie humana. Gracias al fuego, se creó un espacio protegido -defendido e iluminado-, para la convivencia. Facilitó la utilización de las cuevas y cavernas por los antepasados del hombre y su expansión por toda la Tierra, convirtiéndose así en el símbolo de la superioridad de ese mono desnudo que lo llevaba en la mano. Y, bajo su protección, los hombres convivieron más, las criaturas se educaron mejor, se perfeccionó el intercambio de la experiencia y se hicieron grandes progresos en la fabricación de instrumentos, con lo que la vida fue cada vez más segura.

La vida del primate prehumano se hizo por completo dependiente de la experiencia acumulada, conservada sobre el soporte material de los instrumentos, cada día más utilizados. Pero esa forma de fijar y conservar la experiencia era muy tosca y rudimentaria, y muy inadecuada para educar a las nuevas generaciones. Por eso se planteó, con urgencia, la necesidad de encontrar un nuevo soporte físico mediador de la experiencia animal -que es subjetiva y, como tal, intransferible e incomunicable- y al alcance de todos los miembros del grupo.

Posiblemente, tras muchos ensayos con gestos y gritos, los homínidos encontraron el soporte más adecuado: los sonidos que producían con facilidad y variedad inagotable. Los hombres fijaron y decantaron su experiencia en sonidos -que así se convertían en palabras, en conocimiento social- por la vía

de las asociaciones reflejas condicionadas; aprendían una parte del lenguaje como reflejos condicionados, de manera que reaccionaran ante las palabras como ante las cosas mismas. De no haber sido así, el lenguaje nunca hubiera arraigado en el cuerpo humano y no se hubiera convertido en el centro activo, en el sujeto guía, del hombre.

Además, las palabras del lenguaje cumplen otro papel importantísimo, pues sin ellas los hombres no serían dueños de su experiencia; gracias a las palabras, los hombres movilizan, actualizan, organizan, conservan, potencian y comunican la propia experiencia subjetiva. Nuestra especie analiza y beneficia toda su experiencia pasada con la ayuda de las palabras, pues la lengua hace posible el manejo de todos los contenidos de la conciencia con su doble condición de fragmentos mínimos y de discurso condicionado. El lenguaje es el soporte físico de la conciencia; o, mejor dicho, la conciencia es la lengua en acción.

Al transformar la naturaleza para adaptarse al propio medio, los hombres ganan una experiencia que, una vez que poseen el lenguaje, depositan en las palabras. De hecho, las palabras de una lengua en su conjunto constituyen un trasunto, un *duplicado ideal*, del medio humano. Cada hombre recibe la lengua como depósito de la experiencia transformadora de la especie. Los hombres reciben con las palabras la experiencia, miles de veces comprobada, de millones de hombres que les prestan sus ojos y sus manos para percibir el mundo objetivo; y respaldan de continuo esas mismas palabras con sus referentes al utilizar y usar los elementos del medio humano, en el que vivimos.

La conciencia es la lengua en acción. Los hombres registran su experiencia individual en la propia conciencia, y, a medida que la identifican como tal, la potencian y la refuerzan con la experiencia colectiva fijada en las palabras del lenguaje. De ese modo, elaboran con la experiencia propia y con la que reciben mediante el lenguaje un plano o esquema-guía del comportamiento subjetivo. Tal es la ventaja evolutiva que sitúa al hombre por encima de todas las especies animales; para dirigir su propio comportamiento, el individuo de cualquier otra especie animal cuenta con la experiencia heredada -con los instintos- y con la experiencia subjetiva ganada por él mismo; pero el individuo humano puede hacerse con una experiencia colectiva ilimitada, además de la suya propia.

Al actuar, los hombres recogen experiencia y, una vez identificada, la fusionan con el conocimiento social. Mediante ese acto, su experiencia individual privada se eleva a conocimiento; esto es, acrecienta el conocimiento subjetivo. Y, por eso, la conciencia puede definirse como el *conocimiento que conoce*; o sea, el conocimiento que se hace activo en nosotros.

La experiencia humana -que de ningún modo deja de ser experiencia animal- se diferencia de la experiencia propiamente animal porque, en tanto que el animal recibe la experiencia de su acción directa sobre la naturaleza con el propio soma, el hombre no actúa con su cuerpo sobre la naturaleza de forma directa. Lo peculiar y específico suyo -en razón de la vía evolutiva que emprendió- es que no opera con sus manos o con su boca sobre la naturaleza sino a través de intermediarios: los instrumentos. Esto hace que la experiencia humana sea una experiencia de instrumentos sobre objetos de trabajo. Y también da lugar a que el hombre se halle en cierto modo como distanciado de

la naturaleza, como extraño a ella, como un ser procedente de otro mundo; el hombre se enfrenta a la naturaleza como ajeno a ella, y, en realidad, como sujeto cognoscente, como conciencia; y, por lo mismo, todo el conocimiento que gana en sus esfuerzos por transformar la naturaleza lo convierte en su propia personalidad, en su subjetividad.

Otra cuestión importante es el esclarecimiento del tipo de conocimiento recogido por los hombres a lo largo de toda la larga etapa anterior al neolítico, porque se corre el peligro de creer que se trata tan sólo de un conocimiento de la realidad, cuando no es así. En esa larga etapa los hombres acumularon mucho conocimiento derivado de la acción, en el trabajo, un conocimiento operativo, como diríamos hoy: esto es, procedente de la acción y destinado a la acción; vinculado de modo estrecho a la actividad -e inseparable de ella- y a los instrumentos con los que -y a través de los cuales- intervinieron sobre la naturaleza. Esos conocimientos no tenían, pues, existencia independiente (como tampoco lo tenían los de nuestros campesinos hasta casi hoy mismo); y, por lo mismo, no se podía constituir con ellos una teoría para comprender la realidad.

Ahora bien, los campesinos del neolítico crearon los espíritus con el estímulo de la preocupación por proteger y controlar sus cultivos. Esos conocimientos estaban ligados también de modo estrecho a la actividad productiva -eran conocimientos operativos-, a pesar de no ser producto de la acción, puesto que no había una acción directa de los campesinos sobre los fenómenos atmosféricos y mucho menos sobre los espíritus. Hay, por tanto, una pequeña diferencia entre los conocimientos ligados a la actividad productiva, por estar vinculados a los instrumentos y a la acción de modo directo, y el conjunto de "conocimientos" con los que los campesinos elaboraron la primera representación o concepción mítica de la realidad.

Los cultivos agrícolas fueron el primer estímulo objetivo que impulsó a los hombres a "pensar" -a imaginar- un todo, a concebir la naturaleza como un todo interrelacionado. Dicha concepción es más una representación de la fantasía (?) que una representación sintética de la imaginación. Fue un impulso real el que llevó a los hombres a imaginar un todo. Pero no había ninguna posibilidad de que proyectaran una representación sintética del mundo en el trataban de hacer sus vidas en una concepción mítico-religiosa con la que dar unidad a ese mismo mundo. Los hombres no podían saltar de sus conocimientos vinculados a la actividad productiva a una representación total, aunque la práctica de la agricultura les llevó a sentir la necesidad de imaginar, o de representarse de algún modo, el todo.

La mitología y, después, la religión ofrecieron a los hombres esa necesaria e indispensable concepción del todo, pero también les proporcionaron algo más: concebir el todo significa dar una respuesta a cuál es la situación de los hombres en ese todo; y la cuestión es que los hombres estaban solos y eran muy débiles. De modo que, al elaborar la primera concepción mítica, poblaron la naturaleza de espíritus para combatir la agobiante sensación de debilidad y de soledad. Una vez poblada la naturaleza de espíritus, había alguien muy poderoso que la gobernaba y a quien se podía pedir, rogar e incluso sobornar.

Los espíritus poderosos cuidaban del “orden” de la naturaleza. El “orden” de los espíritus permitía a los hombres trabajar y luchar por llevar a cabo el programa de la acción transformadora de la especie. A saber: «hacer que el mundo objetivo no nos sea extraño, o hacer que nosotros nos reconozcamos en él, y, sobre todo, reducir mediante la acción el mundo objetivo a conocimiento, a lo más íntimo que hay en nosotros, a nuestra intrínseca personalidad»².

En palabras más simples: el propósito de todo impulso transformador era, como ya se ha señalado, convertir una Tierra hostil en el hogar seguro y confortable de los hombres. Los hombres podían -y *podieron*- conseguir esto al disponer de tranquilidad, paz y sosiego para trabajar y ganar experiencia con la que edificar el más firme fundamento del destino del hombre, de su bienestar, de su seguridad y de su libertad: el conocimiento científico de la totalidad.

El mito y la religión son como los andamios de ese grandioso monumento. Pero ¿qué hacer de los andamios cuando el monumento ha llegado a su culminación? Los andamios tendrán que desvanecerse. El mito y la religión han sido construcciones, absolutamente necesarias, pero el trabajo del hombre, apoyado en ellas -un trabajo firme y constante- ha permitido crear un medio humano que nadie se ha atrevido ni siquiera a soñar.

Entonces, ¿cómo explicar la pasión por el andamio? «La teoría, amigo, es siempre gris, pero verde es el árbol áureo de la vida», dice Goethe en su *Fausto*. No hace muchos meses, una mujer, madre de familia, escribió una carta al espacio de TVE “Tiempo para creer” criticando la reciente ley de educación³ por lo que se refiere a la enseñanza de la religión: “Como los socialistas no tienen ideales, quieres sustituirlos con ciencia y tecnología...”...

Me temo que este resumen parezca muy deslavazado, porque lo he escrito directamente a máquina, y el ruido y los errores me hacen perder el hilo...⁴ Te pido perdón por los muchos errores que padece. Algunas partes están más desarrolladas que otras. He dedicado un gran esfuerzo a entender el lenguaje y la conciencia, el origen del mito, etc., etc.

Espero tenerlo dispuesto en un mes.⁵

Un abrazo.

² Adaptación personal del texto -clave para Eloy Terrón- de Hegel, en la *Lógica*, de la *Gran Enciclopedia* (traducción, introducción y notas de Antonio M^a. Fabié, Madrid, 1872), párrafo 194, aclaración 1^a. : «El fin de la ciencia consiste en hacer que el mundo objetivo no nos sea extraño, o hacer que nosotros nos reconozcamos en él, como suele decirse, lo cual también significa que la ciencia consiste en reducir el mundo objetivo a concepto (a idea), esto es, a lo más íntimo que hay en nosotros, a nuestra íntima personalidad».

³ Referencia a la Ley de Ordenación General del Sistema Educativo, de 1990, del Partido Socialista Obrero Español.

⁴ Eloy Terrón sufría de la enfermedad de Parkinson, desde 1984.

⁵ De hecho, no concluyó ese proyecto inicial de conjunto en forma de un libro sobre *La religión y la cultura*, aunque sí elaboró una serie de textos parciales al respecto.